

De nuevo sobre los sismos: tres hechos de importancia y una interrogante

Por Angel Bassols Batalla*

EN ESTAS BREVES LINEAS no se aspira a resumir, en forma más o menos incompleta, nuestras propias conclusiones ni los datos y observaciones que alrededor de los sismos de septiembre pasado han aparecido en inúmeros comentarios de prensa, y en varios libros publicados al respecto. Lo importante ahora es sólo señalar, por su evidente interés cuatro aspectos relacionados con ellos.

1. Nadie pone en duda la gran magnitud de esos fenómenos naturales y su indudable importancia por los desastrosos efectos causados en diversas zonas del país. Pero precisamente porque fueron de primera magnitud y porque existe la amenaza latente de que pueden repetirse con mayor o menor grado de destrucción, cabe preguntarse: ¿estábamos preparados desde el punto de vista científico para prever que iban a ocurrir y por tanto para enfrentarlos con cierto éxito y así evitar en gran medida la pérdida de vidas humanas? Está claro que, desde siempre, se conoce la existencia de zonas sísmicas en el país, que abarcan la mayor parte de las regiones centrales (occidental y oriental), así como casi todo el Sur, parte del Oriente y algunas áreas del Noroeste (principalmente de Baja California y Sonora) y montañas de la Sierra Madre Occidental con grados diversos de intensidad. Esto incluye la sismicidad ocasionada por movimientos de las placas terrestres y por fenómenos volcánicos, vinculados en múltiples formas con aquellos choques. Resulta evidente ahora que las investigaciones realizadas hasta 1985 en diversas instituciones nacionales no fueron suficientes, no digamos para lograr predecir cuándo —aproximadamente— iban a ocurrir los catastróficos sismos sufridos (todavía está sujeto a discusiones la famosa *predicción*, a

pesar de los avances logrados al respecto en muchos países, entre ellos la Unión Soviética, Japón, la RP China, Italia y Estados Unidos, donde el uso de numerosos instrumentos permite ya detectar *signos* que anuncian la inminencia del terremoto e incluso han ocurrido casos de verdaderas y salvadoras predicciones) sino siquiera para alertar a la población sobre el periodo de sismos que vendría. Pero queda claro, no obstante, que ya se conocían algunos estudios *generales* también en el caso de los sismos de septiembre y que sobre ellos se debió haber trabajado a fondo, pues señalaban la posibilidad de que ocurrieran en estos años. También resulta de ahí que los científicos norteamericanos de la Universidad de California, que instalaron desde hace tiempo aparatos sismológicos en la costa de Guerrero y Michoacán, debieran colaborar al respecto estrechamente con los mexicanos, pero que corresponde a éstos lo básico: sistematizar las informaciones respecto al país, sacar nuestras propias conclusiones y ayudar mediante su difusión a evitar en el futuro nuevas pérdidas cuantiosas de vidas. Claro que esta función no se alcanzaría sin la activa participación del gobierno, de instituciones privadas y de toda la población, constituyendo cuerpos en estado de permanente alerta, listos para actuar a tiempo y en todas las zonas sísmicas, de ciclones o inundaciones, y también de aguda contaminación del medio (aquí la Zona Metropolitana de la ciudad de México, y las de Monterrey y Guadalajara).

2. Con motivo de los sismos quedó nuevamente en evidencia un grave hecho: como la ciudad de México es la capital y como varios de sus barrios fueron devastados, las informaciones de la prensa dieron poca información o en general ignoraron lo ocurrido en las ciudades y poblados del interior. Nosotros, por lo contrario, después de ayu-

dar como voluntarios en las labores de rescate en el edificio del CONALEP (19-29-21 de septiembre) y de cubrir en las siguientes semanas *todas* las colonias afectadas en el D.F. (realizamos múltiples encuestas personales en Tepito, Morelos, Roma, Doctores, Narvarte, etc. y convivimos en numerosas ocasiones con los damnificados de todas clases, incluyendo las costureras de San Antonio Abad) llevamos a cabo dos viajes al interior, uno por las costas de Colima, Michoacán y Guerrero, el interior de este último Estado y Morelos; otro, por todo el sur de Jalisco. Adquirimos así, al menos, la autoridad para hablar de los daños y víctimas *con conocimiento de causa*. Tratamos desde entonces de divulgar con amplitud la verdadera magnitud del desastre en todas las regiones, pues ocultarlo resulta altamente perjudicial, ya que además, la ayuda otorgada a las regiones fuera del D.F. no es suficiente para restañar las heridas y se les ha menospreciado en los planes de reconstrucción, entre otras cosas por la natural penuria presupuestal de los municipios y de los propios gobiernos estatales. De esos viajes, auspiciados por el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, obtuvimos las siguientes conclusiones, que aquí sólo presentamos sintéticamente.

El área más afectada por los recientes sismos abarcó: 1) la costa y el sur de Jalisco (con incidencia mayor en Ciudad Guzmán), pero las sacudidas se sintieron fuertemente incluso en Guadalajara. 2) Michoacán desde la costa a la Meseta Tarasca. 3) Costa, centro y norte de Guerrero. 4) Parte de Morelos. 5) DF y Zona Metropolitana de la C. de M. 6) Sur y oriente del Estado de México. 7) Partes pequeñas de Hidalgo, el oeste de Puebla y noroeste de Oaxaca. De hecho los temblores se advirtieron en todo el centro y sur de México y se registraron en Houston, Texas. Sólo tomando en cuenta los

* Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Económicas.

principales Estados que sufrieron daños (incluso el DF y México) la cifra total se aproxima a 28 millones de habitantes. De ellos por lo menos medio millón (fuera del DF) sufrieron el impacto **destructor** de los sismos en las regiones del interior. Los mayores daños fueron causados en Cd. Guzmán, Gómez Farías y San Juan de Ixtlán (Jalisco); Lázaro Cárdenas, Playa Azul y Coalcomán (Michoacán); Ixtapa-Zihuatanejo y Chilpancingo (Guerrero). Desde el punto de vista **productivo** las más fuertes pérdidas se registraron en las instalaciones industriales de Lázaro Cárdenas, incluyendo las empresas Mexicana de Tuberías, NKS y Fertimex, así como los silos, con suspensión de labores y pérdidas diversas en la Siderúrgica Lázaro Cárdenas-Las Truchas, daños en vías del ferrocarril y el canal de acceso al puerto interior, etc. Pero en Ixtapa sufrió fuertemente la industria hotelera y en el sur de Jalisco la destrucción fue muy intensa, así como de edificios públicos en Chilpancingo.

No se conoce una cuantificación aproximada de las víctimas y los daños registrados fuera del D.F., pero sobre aquéllos según informes de la Secretaría de la Defensa Nacional se puede llegar a las siguientes cifras preliminares: 48 muertos, 438 heridos, además de 414 construcciones destruidas, 325 semidestruidas y 1,796 dañadas, en poblados de Colima, Guerrero, Jalisco, México, Michoacán e Hidalgo (donde hubo sólo varias casas dañadas). El valor de las pérdidas materiales, repetimos, no ha sido cuantificado, pero asciende seguramente a varios miles de millones de pesos (algunos cálculos las elevaron hasta 50 mil millones). De hecho, en Lázaro Cárdenas la puesta en marcha de NKS y Productora Mexicana de Tuberías se retrasó hasta el 23 de enero de 1986 y con ese motivo se dijo que "el Jefe de la Nación recibió una explicación de cómo ha enfrentado el gobierno de la entidad los problemas provocados por el terremoto del 19 de septiembre pasado (sic), que precisamente tuvo su origen frente a esta costa" (*El Sol de México*).

3. Desde el primer día, cuando se constató la magnitud del desastre, quedó claro que las zonas más afectadas

en materia de vivienda habían sido, en la capital, las colonias populosas del centro y algunas otras habitadas primordialmente por las llamadas "clases medias". El más estrujante espectáculo lo ofrecían sin duda las áreas de vecindades que, vetustas y en muchos casos con renta congelada y por tanto sin reparaciones previas, ya desde antes de los terremotos estaban en condiciones casi inhabitables. La medida positiva indudablemente, de expropiar numerosos predios para proceder a su reconstrucción o demolición con objeto de edificar viviendas nuevas, desgraciadamente fue incompleta y además topó con las dificultades inherentes a la crisis. Todavía a fines de enero se aseguró que el 60% de las vecindades eran ya propiedad del DDF, pero que en la colonia Morelos "sólo fueron expropiadas el 40%" de ellas, siendo pequeño el porcentaje en la Emilio Carranza. Se afirma que en la Guerrero "400 vecindades fueron dejadas de lado" por el decreto, pese a que todas ellas "requieren de acciones urgentes de reconstrucción"; igual fenómeno sucedió en las colonias Obrera, Doctores, Algarín y Buenos Aires, y en Valle Alegre, Tránsito, etc.; decenas de ellas en total. Los campamentos que se instalaron en plena calle, no han desaparecido y urge ahora en enero de 1986 la reparación de antiguas o la construcción de nuevas viviendas, para evitar que en la temporada de lluvias (a partir de junio) los damnificados sufran innarrables problemas de salud, sobre todo los niños (como ya ocurrió en los crudos días invernales). En Tlatelolco el caso es distinto, pero incluye la necesidad de que se revisen rigurosamente los edificios **antes** de ser ocupados nuevamente por sus antiguos moradores, pues puede haber nuevos derrumbes en caso de sismos de regular intensidad o incluso sin ellos. Los gobiernos nacional, estatales y municipales deben **hacer** un supremo esfuerzo y destinar **todos** los recursos necesarios para solucionar, primero, el agudo problema de la vivienda popular: **éste no admite rémora alguna**. Hay muchos otros aspectos y entre ellos cabe destacar el caso de las costureras, que por centenares murieron sepultadas en

los talleres de San Antonio Abad, Izazága, etc. resulta casi increíble, pero relejendo las páginas del semanario "Combate", editado en 1941 por la Liga de Acción Política que dirigía Narciso Bassols, encontramos una serie de artículos donde precisamente se describían las formas de explotación a que hace 45 años eran sujetas las costureras de los talleres localizados en las mismas zonas donde el sismo de 1985 las hizo polvo! Esperamos que ahora se les otorgue, finalmente, total justicia.

4. La interrogante que se plantea después de los sismos es la siguiente: ¿se trata de llevar a cabo sólo medidas coyunturales, como cierto tipo de desconcentración burocrática en pequeña escala de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, o por lo contrario se desea reestructurar a fondo la geografía de la producción y el consumo en toda la República? Si el primer caso fuese el adoptado poco se avanzaría en la urgente tarea de resolver —a mediano y largo plazo— el crucial problema de la creciente desigualdad en el desarrollo de las regiones del país: sólo sería un débil paliativo, que además de momento chocaría con la falta de servicios y vivienda adecuadas para los empleados que se desplazan a otras ciudades. Si —por lo contrario— se decide el gobierno "a tomar el toro por los cuernos" y afrontar el reto del desbalance regional, para corregirlo hasta cierto grado, entonces habría que proceder con todo rigor a la aplicación de rigurosas medidas, que refuercen las facultades y las inversiones hacia Estados y municipios: detengan la creación de nuevas empresas productivas (tanto públicas como privadas) en el área metropolitana; acaben con todo subsidio que no sea indispensable para sostener el ya dislocado nivel de vida de los trabajadores, etc. Una política democrática, que abra los cauces a un auténtico desarrollo regional, es decir aquel que combata la injusticia espacial y sobre todo la explotación humana, ayudando así a que —por lo menos— las desigualdades no se acentúen. ¿Será posible esperar resultados positivos en las condiciones de la crisis, agravada por los sismos de septiembre?